

¡Gol!

Escrito por Charlemae Rollins
Adaptado por Vivian Cuesta



Celebration Press

An Imprint of Pearson Learning

Carlos vivía al lado de una casa vieja y vacía. La casa había estado vacía por tanto tiempo que las ventanas estaban cubiertas con madera y la pintura se estaba pelando. Durante las noches oscuras, a Carlos y a sus amigos les gustaba imaginar que la casa tenía fantasmas. En la Noche de las Brujas quien tocara la puerta de la casa era el más valiente de todos.

A Carlos y a sus amigos les gustaba tener la casa vieja en su barrio. Especialmente les gustaba el patio grande y vacío. Podían jugar al fútbol americano en el patio porque no había ningún adulto que les dijera que no jugaran allí. Como las ventanas estaban cubiertas con madera, no las podían quebrar, y como no había ninguna flor, no importaba dónde pisaban.

Un día Carlos se dio cuenta de algunos cambios en la casa vacía. Parecía que alguien había cortado la hierba. Se acercó y vio que había una escalera y unas latas de pintura. “¿Qué estará pasando?”, pensó.



Cuando su mamá regresó del trabajo, Carlos le preguntó qué estaba pasando en la casa vacía.



—Creo que al fin alguien la compró —dijo ella—. Les va a llevar bastante tiempo arreglarla ya que ha estado vacía por mucho tiempo, pero creo que sería bueno tener nuevos vecinos.

Carlos no creía que fuera tan bueno. Los niños quizás no podrían volver a jugar al fútbol en el patio.

Cada día Carlos veía cambios en la casa. Primero unos hombres pusieron ventanas nuevas. Después otros trabajaron en el techo. Finalmente vino un pintor y pintó la casa de color amarillo brillante.

A veces los amigos de Carlos iban a su casa, y miraban a los trabajadores de la casa vacía.

—¿Qué vamos a hacer ahora sin nuestra casa de fantasmas para la Noche de las Brujas?
—preguntó Ramón.

—Era un lugar tan bueno para jugar al fútbol americano
—dijo Javier, muy triste.

Un día los niños estaban tirándose la pelota de fútbol en el patio de Carlos cuando vieron llegar un carro. Un señor y una señora se bajaron del carro.

—Ellos deben ser los nuevos vecinos —dijo Ramón.

—Parecen ser simpáticos —dijo Javier—. Quizás nos dejen jugar en el patio de vez en cuando.

De pronto los niños dejaron de hablar al ver a alguien más bajar del carro. Era una niña pelirroja con trenzas largas.

—Es una niña —dijo Carlos. Sabía que alguien se iba a mudar a la casa, pero nunca se imaginó que iba a ser una niña.

—Ya se acabaron nuestros juegos en el patio —dijo Ramón.

—Eso quiere decir que vamos a ver niñas por dondequiera —dijo Javier.

Carlos se sentó en los escalones y se sintió muy triste.

Al día siguiente los niños regresaron de nuevo a jugar al fútbol americano, pero no podían jugar en el patio pequeño de Carlos. Entonces decidieron tirarse la pelota uno al otro. Era mejor que no hacer nada.

Los niños no llevaban mucho tiempo jugando cuando la niña salió de la casa y caminó hacia ellos.

Los niños hicieron como si no la hubieran visto.

Ella los miró tirarse la pelota. Como nadie le habló, ella dijo:

—Hola, me llamo Lisa. Ustedes no tienen mucho espacio allí para jugar, ¿verdad?



—No —dijo Carlos. Pero todavía no le daba la cara.

—Nosotros tenemos un patio muy grande —dijo ella—.
¿Por qué no vienen a mi casa a jugar?

Carlos miró a Lisa y le preguntó: —¿Nos dan permiso
tus padres?

—Sí, cómo no —dijo Lisa—, si me dejan jugar a mi también.



“Ay, no”, pensó Carlos. Lo que menos quería hacer era jugar al fútbol con una niña. Miró a Ramón y a Javier, pero ellos no dijeron nada. Carlos no sabía qué hacer. Tenía muchas ganas de jugar. Lo pensó por un momento y dijo: —Está bien. Carlos no pensó que sería un buen partido, pero por lo menos iban a jugar.

Carlos y Lisa estaban en el mismo equipo. En la primera jugada Carlos agarró la pelota. Vio que Javier corría hacia él. Carlos buscó a Lisa. Nadie estaba cerca de ella.

—Aquí —le gritó ella—. ¡Tírame la pelota!

Así que Carlos le tiró la pelota. No fue un buen tiro. Es más, fue muy mal tiro. Parecía que iba a pasar por encima de la cabeza de Lisa. Pero Lisa no se veía preocupada. En el momento en que la pelota se le acercó, ella saltó y la agarró. A Carlos le pareció que ella tenía resortes en los pies.

Después Carlos vio que Ramón estaba por tocar a Lisa. Pero Lisa también vio a Ramón. Cuando estaba por tocarla, Lisa brincó a un lado y Ramón cayó en la tierra.

Entonces Lisa empezó a correr, y no había nadie que la detuviera. Corría más rápido que cualquier otra niña que Carlos había visto correr. Es más corría más rápido que cualquier niño que él había visto. Corría más rápido que todos. Ni Javier, el más rápido entre ellos, la pudo alcanzar.

Lisa corrió hasta la orilla del patio y gritó: —¡Gol!

Los niños corrieron hacia Lisa. —Oye, tú sí eres rápida para correr —le dijo Javier.

—Yo nunca he visto a nadie agarrar tan bien un tiro tan malo —dijo Ramón.

Carlos le hizo a Ramón una mirada cargada de cólera. Entonces Carlos miró a Lisa.

“¡Caramba!”, pensó. Es tan buena jugadora de fútbol, que ojalá empezara ahora mismo la temporada de béisbol”. Carlos prefería el béisbol.

—Vamos a jugar más —dijo Lisa.

